

JAIME ENRIQUE CONCHA



**EDICIONES
OCKHAM**

TERCERA VIA Y POSTMODERNIDAD



KUKLOX.XYZ

PRESENTACIÓN

A través de las siguientes páginas hemos pretendido crear un espacio cultural y político distinto. Pero esta distinción no es formal. No es la diversidad de presentación gráfica o de lenguaje lo que nos distingue de los tantos exponentes de la cultura oficial. Es la radical novedad de nuestro discurso. Es la reivindicación de valores, estilos, actitudes ya hace mucho tiempo arrinconadas por el Sistema y que, sin embargo, anidan en el espíritu humano desde siempre porque forman parte de una herencia cultural y biogenética primordial que ninguna ideología o ideocracia podrá borrar totalmente. He aquí por que somos distintos. Somos, buscamos ser, expresión y vanguardia de aquello que se quiere silenciar o borrar en el corazón del hombre y de la historia. Por ello, en las siguientes páginas abordamos, desde nuestra perspectiva, el debate de la Postmodernidad. Ponemos al desnudo el verdadero carácter de los imperialismos y sus ideologías que se disputan el dominio del planeta. Nos referimos al fracaso del proyecto racionalista igualitario de la modernidad. Observamos el rumbo que asume la Ciencia y la Cultura desde nuestra perspectiva alternativa. En fin, continuamos nuestra lucha en pos de un esclarecimiento político y cultural que se hace cada vez más necesario en esta época en que, al cerrarse un ciclo, se abren insospechadas perspectivas.

JAIME ENRIQUE CONCHA

RACIONALISMO, MODERNIDAD Y POSTMODERNIDAD

La contradicción interior de la Modernidad misma es la contradicción de su racionalismo igualitario que toma como proyecto la convergencia de la razón con el desarrollo de la ciencia, de la racionalidad científica y con el proceso histórico, el tiempo. Es decir, integración de los tres elementos dentro de una perspectiva única que se llama "historia del progreso". Ahora bien, la convergencia de esos tres niveles es un proyecto histórico de gran envergadura. Pero el mismo Kant hizo tres críticas de la razón, de los valores, de la acción práctica y una crítica para el gusto sabiendo que él pensaba en una historia que progresa a nivel epistemológico.

Desde Descartes esa imposibilidad se constituye en una moral sobre la base de la razón, ese es el problema central de todo pensamiento racionalista. ¿Cómo permitir la convergencia de los dos al nivel epistemológico?. No se puede. Evidentemente se puede en una praxis y allí estamos en la dialéctica entre praxis y teoría epistemológica.

Este intento de convergencia -que va desde el liberalismo burgués hasta el marxismo-comunismo-, todo esto constituye el proyecto racionalista de la Modernidad: racionalizar la vida social, el intento de hacer converger los elementos, de construir una "ciencia oficial". Es decir, buscar la "convergencia total", que evidentemente ha sido un fracaso.

En medio de la crisis y la decadencia, la razón se diluye respecto de su proyecto, pero sigue siendo razón con su propia dinámica, sus leyes de funcionamiento. Ahora lo que está cambiando es la "hipótesis" moderna, según la cual razón y valor siguen el mismo camino. Hoy hay una tendencia a apreciar los valo-

res en su diversidad, con una autonomía más grande. Hoy día se desarrolla más el sentimiento de la diversidad lo que no impide a la razón seguir su camino en el campo científico, pero que sí ayuda y se encuentra determinado por un concepto revolucionario aportado por el desarrollo de la Etología, esto es, la llamada "comunidad tradicional".

Gracias a los trabajos de Konrad Lorenz, ha irrumpido en el ámbito de nuestra cultura la Etología, definida como una ciencia socio-biológica, esto es, que estudia en forma sistemática las bases biológicas de todo comportamiento social. Es ella la que nos está ayudando a visualizar la existencia de un orden natural, a partir del cual el hombre despliega sus dotes y sus esfuerzos con disímil resultado.



Konrad Lorenz. Premio Nobel de Medicina, 1973.

De ahí que subrayemos la importancia de la Etología como sustrato o fundamento biológico para el comportamiento humano, que en los distintos períodos históricos de una cultura, dependerá en último caso de la voluntad de poder y de hacer de las personas. Pero es obvio que aquello que construya el hombre resistirá en función de la solidez de sus fundamentos. Y esa es la búsqueda en pos de la cual avanza la Etología.

La Comunidad constituye un grupo de seres dispares organizados para hacer frente a las necesidades comunes.

En cualquier especie sexualmente reproducible, la igualdad de las individualidades constituye una imposibilidad natural. Por tanto, la desigualdad debe ser considerada como la primera ley de los componentes comunitarios tanto en la comunidad humana como en cualquier otra. La igualdad de oportunidades debe ser considerada como la segunda ley.

Así, la "Comunidad Justa" constituye una meta realizable, aquella en la que el "orden suficiente" protege a los miembros de la comunidad, por diversas que sean sus dotes, y el "desorden suficiente" concede a cada individualidad la plena oportunidad de desarrollar sus dotes genéticas cualesquiera sean estas.

De no existir la Desigualdad, la Justicia no tendría función. Tal vez esta sea la razón de que el ideal racionalista igualitario de la Modernidad, negando la naturaleza del hombre, haya penetrado tan fácilmente en la tiranía del pensamiento y del poder. Guiados por un sueño de Igualdad, sea librado a algunos del sometimiento y sumido en la esclavitud a otros. Incluso se ha reducido la idea de la igualdad humana del siglo XVIII, gloriosa, aunque falsa, a una viable interpretación del siglo XX: la mediocridad, ignominiosa pero real.

Gracias al aporte revolucionario de la Etología se ha reafir-

mado la tendencia natural al desarrollo de múltiples particularismos, tanto individuales como colectivos. Por encima de todos ellos existe una Cultura Unificadora que hace que esos particularismos no constituyan peligro para la Comunidad como tal. Resulta así inseparable la idea de Comunidad con la idea de Cultura, pues no hay Comunidad sin Cultura.

La Tradición constituye el esqueleto sustentador de la Comunidad, sin la cual no puede subsistir. Los hombres poseen un mecanismo incorporado cuya acción preservadora consiste en posibilitar los cambios culturales de la estructura, sin hacer peligrar toda la información contenida en la Tradición Comunitaria. Esta limitación constituye el equilibrio preservador de la Cultura, pero su quiebra significa la ruptura de la Tradición. Pues, la vitalidad orgánica y creadora de una cultura dependerá del estado de equilibrio entre los mismos factores, es decir, entre la invariabilidad de antiguas tradiciones que contribuyen a dar forma y unidad a los grupos culturales y la adaptabilidad a los cambios del mundo exterior, sin pretender con ello arrojar el patrimonio cultural acumulado.

Al mismo tiempo, al nivel de la razón ésta sigue su camino, su lógica propia sin tener vinculación mayor con proyecto valórico. Entonces la desvinculación entre razón y valor es simbólica, de una mayor autonomía respecto de los valores, porque está sobreentendido que existe una Cultura Unificadora de los componentes comunitarios. Son los valores más generales los que permiten al mismo tiempo el desarrollo de las individualidades dentro de la Comunidad.

Entonces, lo social-comunitario pasa a ser sólo una representación y éste es uno de los elementos más importantes del postmodernismo. La búsqueda de imágenes diferentes, concep-

tos, categorías distintas para entender lo que ocurre. Y la búsqueda de otros conceptos es un trabajo de la razón.



POSTMODERNIDAD, **¿UNA NUEVA TAREA DEL HÉROE?**

Vivimos en "un tiempo sin héroes". En medio de la agonía de la Modernidad se prefiere la conservación de lo que hay a la revolución o la utopía, el punto de vista al juicio, las propuestas a las afirmaciones, etc. También la ética se ha convertido en algo de usar y tirar.

Esta desaparición del héroe no deja de sentirse como una dolorosa pérdida. El hombre ya no puede aspirar a ser mejor, sino a ser "normal". Y la Cultura Dominante castiga al inconformismo con el ridículo y la derrota. La moral ya no es más que una racionalización de lo que se desea, no implica ninguna exigencia personal, ya que ha desaparecido la tensión entre lo deseado y lo debido, entre lo dado y lo posible. La "ética oficial" favorece la configuración de un individuo anodino que reproduce las valoraciones y los modos de comportamiento más extendidos. El único criterio de valor disponible es la "vigencia social". Desde este entramado cultural, toda rebelión resulta ser un espejismo y la moral, una mera regla de urbanidad o una simple actitud estética.

La Modernidad institucionalizó en las ciencias la curiosidad teórica y en la tecnología el afán de seguridad, con lo cual se dificultó las convicciones firmes, los vínculos estables, la validez incondicionada. Por su propia naturaleza, la ciencia tiende a aumentar la contingencia del mundo, a suponer que todo podría ser de otra manera. El verdadero triunfo de las ciencias en la configuración de la mentalidad contemporánea estriba menos en el afán de precisión, exactitud y control, que en la "hipotetización" progresiva de la realidad. Que la ciencia funcione por medio de hipótesis es una clara ganancia de racionalidad. Pero el traslado de

este "método" a otras dimensiones de la existencia humana reviste la forma de una injusta colonización. Donde todo puede suceder, no hay tragedias. Convertir los juicios y las decisiones personales en "hipótesis" a prueba constituyen un continuismo cartesiano por otros medios. El ideal cartesiano de certeza, su método crítico, tenía por objetivo la construcción de un sistema de verdades que protegiera frente a todo engaño futuro. Lo que la modernidad ha descubierto es que la verdadera lucha contra el genio maligno no hay que orientarla hacia el descubrimiento de un principio apodíctico; la victoria contra el error y la decepción es la "hipotetización universal"; su arma, el uso de las comillas y los signos de interrogación. El intercambio de ideas pierde así todo su dramatismo, ya no caben cambios de paradigmas porque el conflicto se ha deslizado hacia la interpretación.

El "Pragmatismo" es la ideología política a cuyo cargo ha corrido la expulsión del héroe en la polis moderna. Se basa en el supuesto de que el "sistema social" no puede funcionar con "individuos" de convicciones absolutas. Su objetivo consiste en la configuración de un "espacio público" éticamente neutral, para lo que prohíbe que los valores, relegados a la esfera estricta de la intimidad, sean de consideración "pública".

Sólo la consideración del hombre "como realmente es" -sin heroísmo, incapaz de autotranscenderse- puede convertir el arte de la política en una mera tarea organizativa, aséptica y desapasionada. Este ideal de asepsia valorativa supone una neutralidad política de las convicciones y violenta el juicio moral que espontáneamente despiertan en nosotros los acontecimientos. Porque la política no es un objeto éticamente neutral, que pueda ser descrito sin referencias valorativas, un mero registro y manejo de hechos empíricos.

La "moral oficial" se ha convertido en terapia que extirpa las aspiraciones desmedidas y predica el acompasamiento universal con la inercia del mundo. La ética es así, "dietética"; una vaga solidaridad mundialista, mezclada con un cierto grado de repulsa ante las injusticias (sin compromiso, por supuesto), todo ello adornado con un pacifismo mediocre y entreguista. Todo sin excesos. Toda apelación al heroísmo es desenmascarada como conducta inauténtica que oculta un interés determinante. De todo ello resulta que la verdad es el nombre que damos a lo conveniente y lo que llamamos virtud ha quedado reducido a una torpe componenda de biología, astucia y frustración. Triste es la comunidad que pierde sus fundamentos morales. Tristes los muchos que, abandonados de conducción para sus espíritus, están como atontados y se aferran al propio yo como la única realidad, en una existencia sin fondo. No es extraño, entonces, que el hombre se lance a la tortura de las sensaciones y busque su propia redención en los proveedores de un propio yo irresponsable de culpas gracias a los "tratamientos clínicos" de la Psicología Oficial. El hombre, en su empeño de alcanzar las estrellas, ha sido relegado a la condición de bestia, y bestia, más aún, dirigida nada más que por la selección natural y los principios económicos.

Toda la mediocridad, la superficialidad y la cobardía imperantes es una señal de que la nostalgia por el héroe no se destruye. Los héroes afirman, por sus propias acciones, la más amplia dimensión espiritual de la existencia. Tanto el liberalismo burgués como el marxismo pueden tener el propósito de decirnos lo que somos, pero no pueden llegar al fondo de nuestras almas porque, en el análisis final, no pueden decirnos lo que debemos llegar a ser. No hay un "debemos" en el cosmos materialista de la Modernidad, por eso tampoco puede producir héroes.

Es por eso que la Postmodernidad necesita con desesperación a los héroes. Mediante su actuación y su carácter paradigmático pueden hacer plena de nuevo nuestra fuerza espiritual.

El héroe nos dice que la vida es lo que debe ser; que la lucha y el espíritu de sacrificio se dan porque creencias y responsabilidades justifican el valor y el propio sacrificio. El héroe nos dice que hay de verdad un sentido en la existencia.

A los héroes se les distingue por su valor o su carácter emprendedor en el peligro o por su fortaleza en el sufrimiento. Por sí solo, el heroísmo tiene una cualidad en sí mismo. La hazaña del héroe queda ennoblecida no sólo por el coraje, sino por su dedicación al deber o su servicio a los demás. Su ejemplo casi nos amonesta. Esto es lo que le da un valor simbólico que es tan grande, que puede inspirar y comprometer a toda una nación. El héroe actúa en favor de lo que es común y apreciado por todos, y por eso mismo, da mayor plenitud a la fuerza de nuestras convicciones comunes.

Si todas las cosas son siempre las mismas es porque son siempre heroicas. Solo un alma es dada a cada hombre y a cada alma solo le es dado un poco de poder, el poder de elevarse a las estrellas.

La virtud es propia de héroes porque significa fuerza, valor y excelencia. La persigue quien sabe que también el mundo moral es susceptible, como el físico, de exploración y enriquecimiento. Tenía razón Nietzsche al despreciar una moral nacida del carácter pusilánime y del resentimiento. Mas, asumir dicha posibilidad -como posibilidad- no implica necesariamente enjuiciar como un todo ciertas doctrinas morales o religiosas, sino más bien reconocer la posibilidad de que los valores constitutivos de esas mismas doctrinas sean afectadas por el carácter espurio de un origen tal.

La dignidad humana, el amor al prójimo, los derechos humanos no son producto del resentimiento. Es posible. Pero también es

posible lo contrario. Aquí lo fundamental no reside simplemente en una consideración abstracta, exenta de radicalización existencial, o en el contenido semántico de los valores o en la mera sinonimia de las expresiones o, en fin, en las resoluciones prácticas externas. Lo fundamental en lo que a la moralidad se refiere, es la "disposición de ánimo" que acompaña y origina los valores.

Atendiendo a ese "origen interior" es que es muy posible que tras valores tales como la compasión al débil y el espíritu pacífico se oculte un hondo resentimiento al espíritu fuerte y al espíritu heroico. En ese sentido no basta, pues, con atender a los meros "contenidos" de los valores o a las resoluciones "externas" de los mismos, sino que es menester penetrar hasta el origen mismo de las valoraciones: los motivos internos de las acciones.

Para que los valores tengan una resolución auténtica es necesario que su origen interno, psicológico, sea igualmente auténtico. El resentimiento, por ende, constituye una verdadera "enfermedad del alma"; enfermedad de alta prevalencia en la Modernidad y que falsifica la moral en su más íntimo origen y en su más propia raíz.

La virtud no puede ser aprendida abstractamente, sino que es estimulada por la conducta del héroe. Sólo puede ser contada, nunca demostrada o impuesta.

Desde esta perspectiva, resulta evidente que el valor moral no estriba en la vigencia o en la eficacia social de la norma, ni en su prestigio cultural, sino en la fuerza de convicción interior. Esta incondicionalidad de la moral puede resultar extemporánea en una "Cultura Dominate Antiheroica" que hace de la existencia un aseguramiento perpetuo contra el riesgo, convirtiendo a la prudencia en cautela y cálculo. Por este motivo más perentoria que nunca la MAGNANIMIDAD, aquella virtud aristotélica entendida como

la capacidad del hombre para acometer grandes empresas, extremado en su virtud y dispuesto al riesgo y al sacrificio. Se impone así la tendencia de una Postmodernidad nietzschiana, desembarazada de todo mesianismo paradisiaco judeocristiano, predicado para el "final de los tiempos", o ajena a la "universalización de la sociedad de consumo de caracter tecnicista", que impide el impulso creador de las individualidades. Una tendencia iluminada por la idea de la aventura y el riesgo sin temor a prescripciones moralizantes. Una nueva heroicidad creadora en el principio de un **SUPERHUMANISMO VOLUNTARISTA** que tome relevo de Nietzsche, rechazando cualquier seductora concepción vulgar de la voluntad de poder, cualquier "deseo de dominación" cuya legitimación es la demagogia desprovista de sentido metapolítico, de perspectiva histórica.

Nuestra generación se encuentra en una gran encrucijada histórica. Siempre hay peligros que amenazan con extinguir la luminosidad de nuestra lucha: Pero son nuestros héroes los que nos hacen posible sobrevivir. Es nuestra responsabilidad rescatar los héroes que habitan en nuestras almas y luchar por una concepción del mundo que los haga posibles.

APUNTES PARA UNA APROXIMACIÓN PSICOLÓGICA DE LA MODERNIDAD

Los hombres de hoy tenemos hambre de heroísmo y trascendencia.

En nuestra infancia imaginábamos historias, soñábamos despiertos. No hace falta decir que los héroes éramos nosotros mismos.

A medida que nos vamos haciendo adultos tendemos menos a soñar despiertos, pero nunca dejamos de querer que nuestras vidas posean algo de heroísmo. Sin ir más lejos, si miramos a nuestro alrededor veremos que hasta en este mundo cosificado y decadente, las leyendas mediavales y las aventuras tradicionales son las mayoritariamente favoritas. La gente necesita de aquellas historias inspiradas en valores heroicos y trascendentes. Sin ellas se termina por rendirse a la Modernidad.

Por eso en nuestra vida no sólo necesitamos las leyendas y aventuras tradicionales, sino que ese sentido heroico y trascendente de la existencia es el que añoramos con nostalgia. Ese es el sentido natural de enfrentarla. Por ello que la mejor manera de interpretar y explicar la vida es ésta; ninguna otra servirá.

Pero, obviamente, ésta no es la forma impuesta por la Modernidad para interpretar las vidas de las personas. La forma mental que la Modernidad ha impuesto es la que Rieff ha llamado "mentalidad terapéutica". En el marco terapéutico, las vidas son explicadas en términos de teorías o estudios u observaciones. A lo más, una vida llega a ser considerada como un "caso"; se impone, pues, una "cosidificación" de la psicología humana.

La Psicología Moderna no nos ofrece perspectiva alguna a la cuestión del sentido de la vida. En realidad ofrece explicaciones

atendibles, buenas introspecciones, buenas técnicas. Ofrece también muy buenas drogas. Pero no ofrece lo único que la gente realmente necesita: un sentido total de la existencia. Por el contrario, podemos afirmar que las ciencias psicológicas oficiales tienden a reducir el sentido de la existencia, aunque la vida parece más explicable, parece también más sin sentido. La vida termina siendo un conjunto de sublimaciones del impulso sexual o un producto de los hemisferios cerebrales. El amor pasa a ser cuestión de estímulos y respuestas a una serie de transacciones condicionadas por patrones familiares.

Y así no sólo se ha reducido el lado más noble de nuestra naturaleza, sino también el menos nobles. Howard ha señalado que "la gran creencia tradicional consistía en que todo significaba algo, es decir, cada elemento de ese Orden dirigía la atención hacia algo de mayor significación que estaba detrás o en el fondo. Pero la gran creencia en los tiempos modernos es que ya no hay nada que signifique algo".

El resultado de nuestra permanente exposición a esta "creencia oficial" es la completa frustración de la imaginación humana, ya que esta facultad está siempre buscando el sentido vital, mientras que a cada rato los custodios de la Modernidad le están diciendo que no haga preguntas.

Las corrientes psicológicas oficiales (Psicoanálisis, Conductismo, Humanismo) afirman que los sufrimientos son casuales, fruto del azar, el resultado de una mala concatenación química o genética, de patrones familiares o ambientales. O pueden insinuar que en realidad esas preocupaciones vienen ya en la propia cabeza... Y así sucesivamente. Pero esas explicaciones, aunque puedan ser atingentes y referirse a los hechos reales de la vida, parece insuficientes. Son explicaciones, pero explicaciones

sin sentido, sin apoyo antropológico que dé una cuenta cabal e integral del hombre.

Nuestras luchas, sufrimientos y triunfos, cuando son ubicados bajo la fría luz del análisis terapéutico, aparecen con un sentido mucho menos importante que el que nosotros creíamos que tenían. Y ahí está el problema. Siempre estamos buscando un sentido a nuestra vida y no descansamos hasta que lo encontramos. Que nos diga un terapeuta bien preparado que el problema concreto que estamos sufriendo es una reacción típica de la mitad de la vida o que la situación familiar concreta que vivimos es "algo que vemos con frecuencia en la gente como usted", ese tipo de respuesta que nos da, es una muestra de la decadencia imperante.

La Psicología Moderna asume la existencia de sistemas que dan sentido y así ordenan y dirigen las vidas de las personas, pero no hace nada por sostener o preservar esos sistemas que dan sentido. Al mismo tiempo que depende de ellos, hace un gran esfuerzo por debilitarlos y minarlos.

Creo que a estas alturas podemos estar cerca del motivo por el cual el surgimiento de la Psicología Moderna no ha traído el "reino de la felicidad". Ha procurado darnos fuerzas para la vida, pero jamás ha conseguido darnos una razón para vivir: no ofrece perspectiva alguna de la vida al no apoyarse en una Antropología que nos entregue una visión integral y superior del hombre. Y además, como ya se ha insinuado, la naturaleza reduccionista de buena parte de la Psicología Moderna tiene, más encima y como efecto no deseado, el hacer de la vida algo menos de significación que no estimula a la lucha. Creo que si no se mira a la vida poéticamente y dramáticamente no se la mira correctamente.

A pesar del espíritu de decadencia de nuestra época tenemos la sensación de que tiene que haber un sentido total a nuestra

existencia. De allí la necesidad de un enfoque alternativo a la Psicología Moderna y sus corrientes oficiales apoyado en una nueva Antropología: integral, heroica y trascendente. Distinto del conductista, porque destaca el significado de las acciones de la persona como la aceptación de un destino y la sublimación y consagración a un estilo de vida pleno de significado distinto del psicoanalítico por considerar importante la tríada fundamental: PERSONA / COMUNIDAD / TRADICIÓN; y diferente al sociológico puro o existencialista puro por creer importante la diferenciación personal y la forma en que las distintas comunidades histórico-culturales enfrentan las situaciones límites.

Cada ser es un microcosmos que expresa y cristaliza el macrocosmos general. De allí la necesidad de reaccionar al individuo al rango de persona. En efecto, el individuo no descansa sobre una identidad separada y encerrada sobre ella misma, la persona no vale sino en relación a otro. A la lógica de la identidad sucederá una lógica de la identificación. Es en tales ambientes comunitarios que nacen las más fuertes individualidades. La vida es, entonces, más que aquello que yo construí asociado a otros individuos: es un mito en el cual participo. Los héroes, los santos, las figuras emblemáticas pueden existir, son en cierta forma tipos ideales, matrices que permiten a cada uno reconocerse y comulgar con otros, expresando para cada instante dado el genio colectivo. Es en las sociedades míticas que la Comunidad es más fuerte.

El más importante de los elementos en la identidad personal es una sensación de "continuidad" a través del tiempo. Todos los intentos por aclarar la noción de identidad que no cuenten con una noción unitaria y continua están destinados al fracaso.

A través de la Tradición cada vida individual o colectiva puede encontrar su lugar en medio del camino del eterno retorno,

sin que importe cuan sin sentido parezca. Un enfoque psicológico basado en la Tradición tiene la tarea de ir más allá de sólo ayudarnos a "trabajar en nuestros problemas" o de ver nuestras vidas como objetos de estudio clínico para hacernos llegar al nivel en que podamos discernir la parte específica que nos toca por lucha.

La persona aproblemada necesita tener las fuerzas para imaginar una interpretación para su vida distinta de la visión gris y fatal que le ha asignado la Psicología Moderna. Obviamente, la imaginación necesita ser alimentada. Y se nutre, naturalmente, con imágenes. Pero el tipo de imágenes que necesita el hombre descorazonado no son las clínicas ni las psicológicas ni las sociológicas, sino las que devuelven su espíritu.

A través del desarrollo de "Comunidades Terapéuticas" en el marco de una nueva Medicina podrá desarrollarse una práctica de integración a las comunidades naturales, lo que permitirá romper con el tabú de considerar degradantes los problemas de salud mental.

Debemos rescatar el héroe que habita en nuestra alma.

Somos parte de algo importante, aunque no siempre las relaciones sean visibles. Nuestras actitudes y luchas, que podrían dar la sensación de no conducirnos a ninguna parte y de no producir fruto alguno, pueden tener una gran significación.

...Los héroes no están llamados a entenderlo todo, sino a creer y luchar.

POSTMODERNISMO: VISIÓN E IMAGEN

La perspectiva constituye una forma de representación de la visualidad. Imagen que daría cuenta de una visión centralizada, de poder, etc.

En la ruptura de esta mirada única podemos ver una expresión del quiebre de la Modernidad. Sin embargo, este quiebre se produjo primero en la visión.

En medio de la Modernidad, se ha desarrollado excesivamente la visualidad. No sólo en las artes visuales, también la política, los productos de consumo, cada vez más elaborados en términos de visualidad. Hay una estetización general de la política, de la música, de la economía, de todo.

Al mismo tiempo que asistimos al desarrollo exagerado de la visualidad, se desarrolla una sospecha respecto de la representación y ello es claro a partir del impresionismo, donde, si se quiere, se quiebra el ojocentrismo propio de la Modernidad, la crítica de la representación en la misma representación, eso es claro.

...Imagen, visión, visualidad... Modernidad. Se constituye aquí la referencia que sirve de horizonte a la reflexión sobre la visión. Se trata de una tentativa por penetrar la dimensión filosófica de este problema y del esfuerzo por superarla a través de una refundación fenomenológica de la relación entre el vidente y lo visible.

En una primera aproximación, "ver" parece ser un acto espontáneo y sin problemas, más aún, el acto a través del cual el hombre hace la experiencia inequívoca (e-vidente) de una determinada manifestación de lo real. Ver es la prueba suprema: "ver para creer". El poder de convicción de lo visible es tal que las religiones han debido recurrir a ídolos e iconos para reflejar la

imagen de los dioses y así reforzar la prueba de su existencia. Sin embargo, ya en el acto de ver la certidumbre respecto del significado de lo que vemos se desploma, ya que en sí mismas las cosas no "significan" nada. Significado, ¿de dónde procede? Para un creyente el ídolo es el dios mismo hecho presente. Para el alienado la alucinación es una presencia cierta, amenazante y aterradora; para el médico es un síntoma.

Y lo que no vemos, lo invisible, ¿no existe? El hombre ha vivido siempre rodeado de entes imperceptibles a simple vista (microorganismos, ondas, partículas) sin los cuales la propia visión es imposible. Por otra parte, el hombre ve más de lo que ve. De lo visible, el vidente ve la región expuesta a la visión y adivina la región invisible; la parte insinúa el todo. Más aún, el hombre abandona el territorio de la realidad donde las cosas se exponen a sus facultades perceptivas y, no obstante ello, sigue viendo. Las imágenes lo acompañan en la oscuridad y en el sueño. E incluso cuando el hombre mira las cosas que en el mundo se dan a ver su imaginación mantiene la posibilidad de montar otros escenarios en los que las imágenes, con o sin relación con lo visible exterior, evolucionan de acuerdo a una dinámica paralela y regida por principios que, si bien mantienen un vínculo con lo visible exterior, poseen su propia lógica (o a-lógica) que revela más del deseo que de la realidad.

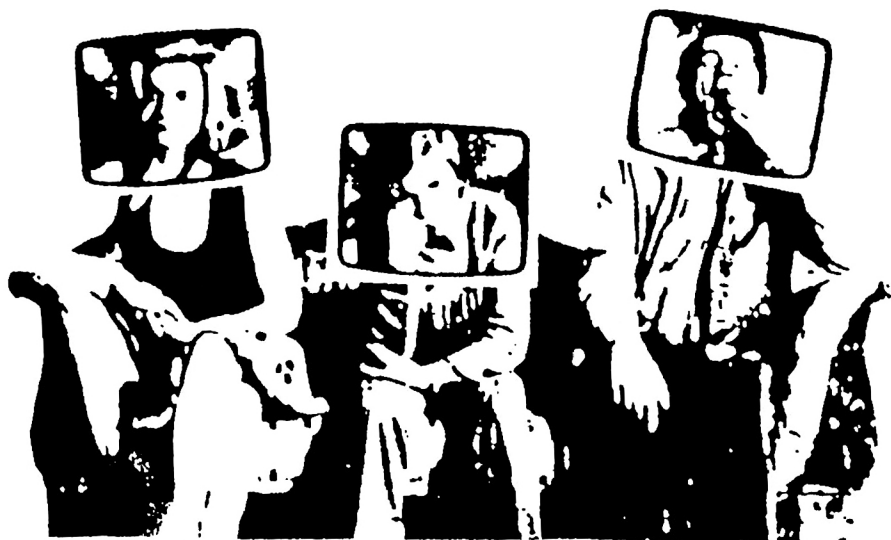
Así, a poco andar, la visión se disloca en todos los dominios. Sin el recurso de una facultad intelectual que atribuya una significación a lo visible, las imágenes del mundo exterior carecen de definición y permanecen sumidas en un magma impenetrable. En seguida, la posibilidad de diferenciar una imagen se verifica al precio de un acto discriminatorio que destituye de su significación eventual a una cantidad de otras imágenes: la mirada recorta del

"uno" indiferenciado de lo que aparece ante nuestros ojos la imagen señalada. El realismo de la imagen se encuentra por último en peligro inminente de entrar en un ciclo de metamorfosis por efectos del trabajo de la imaginación. Entre el informe de un mundo inhumano y la reforma imaginaria, la imagen "real" mantiene una existencia inestable.

Miseria ontológica de la imagen visible que encierra paradójicamente inagotables recursos. Las artes visuales se fundan precisamente en esa posibilidad de una reforma imaginaria de lo real visible. Rechazando la posibilidad de otorgar a la imagen diferenciada sobre el todo de lo visible un estatuto idólico e inmutable, la imaginación creadora la disuelve y hace de ella la materia prima de innumerables reconstituciones que, por la acción humana, se revierten materializadas sobre el horizonte del mundo real, agregando al mundo de lo visible natural un nuevo conglomerado, específicamente humano, de objetos "visibles" y "comprensibles". La imaginación trabaja así incesantemente sobre lo visible para descubrir por su intermedio el vasto dominio de lo invisible y elevarlo al rango de lo imperceptible: tarea de construcción de un mundo humano.

La Postmodernidad nos señala el desafío de situar el "ver" en relación con dominios adyacentes, que le están fenomenológicamente conexos en la trama de lo existente (mundo). Hay una reflexión que desarrollar sobre la relación que las imágenes mantienen con los signos, con el lenguaje, con la voz y los sonidos, con el texto y la escritura, con la obra de arte, con la historia, la política, la tradición, etc. Evoquemos tan solo el concepto de WELTANSCHAUUNG ("visión del mundo"), que tanta importancia ha tenido en la Modernidad, y podemos medir la influencia paradigmática que la visión mantiene de la constitución

de otras áreas del saber. La tarea consiste en rastrear el sentido de esos vínculos.



CULTURA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN: **UNA PERSPECTIVA POSTMODERNA.**

Enfrentarse con la realidad que significa para la Modernidad los conceptos de "cultura" y "medios de comunicación" es enfrentarse con dos realidades críticas cuyo análisis, desde una perspectiva postmoderna, exige buscar los fundamentos.

"Hombre culto" significa, para la Modernidad, una especie de "acumulador" informativo a quien se le atribuye, por derecho propio, el carácter de operador cultural por excelencia. Primer distanciamiento básico, la cultura no es ni erudición ni enciclopedia. La cultura es el cultivo del ser; es cualidad. Hay, en definitiva, un distanciamiento ontológico y existencial del hombre con la cultura.

Lo ontológico de la cultura radica básicamente en la historicidad de nuestra existencia .

Lo existencial de la cultura radica en la síntesis de la encarnación, la temporalidad y la subjetividad. La crisis de la cultura en el curso de la Modernidad condujo a la paulatina desvinculación de los medios de comunicación con la cultura y con su propio fundamento. Pero es, en definitiva, la crisis de la Modernidad en su conjunto, la causa generadora del quiebre de este vínculo.

En medio de la Modernidad, la "cultura burguesa" -heredera del Iluminismo, del Despotismo Ilustrado y de la Revolución Francesa- ha sido sutilmente avasallada por una nueva forma de cultura, llamada "cultura de masas", que ya no busca el saber sino sólo el esparcimiento, el consumo, el ocio y la diversión colectiva. Esta "cultura", a través del desarrollo tecnológico, la informática y, especialmente, la televisión, intenta acabar con la imprenta y la cultura letrada.

El proyecto iluminista de la Modernidad es la caracterización de un proyecto de constitución de la "sociedad", con sus elementos contradictorios, que se oponen durante la historia a partir del "contrato social". En este sentido, el período modernista lleva a cabo la constitución de la "sociedad", en el sentido de aminorar sus contradicciones. La contradicción es manejada como un todo más o menos armonioso y poco a poco se intentan eliminar los elementos de enfrentamiento... Pero al mismo tiempo se va destruyendo el sistema, su sustento.

A través del desarrollo de los medios de comunicación masivos, que participan de este mismo fenómeno desde la formación de la opinión pública en el siglo XIX y su desarrollo con la "cultura de masas", llegamos al momento en el cual se pretende hacer desaparecer a los individuos y a las comunidades naturales. Claro que esos elementos siguen persistiendo.

Los medios de comunicación masivos han cambiado la visión que tienen de sí mismos en tanto medios y han pasado a constituirse en fines. Con ello, se pierde la unidad cultural como un todo unívoco, provocando la gran desorientación imperante.

Desde los fines de la Segunda Guerra Mundial, los medios de comunicación masivos han desarrollado una "penetración cultural" basada en una distorsionada visión del mundo, la cual ha incidido en las fuerzas internas del hombre precisamente en el punto donde su integridad sería más necesaria. Así, se nos impone el materialismo histórico, el economicismo, el darwinismo, el psicoanálisis, el consumismo, el hedonismo, etc.

El excesivo desarrollo de la visualidad en los medios de comunicación masivos ha absorbido todos los sentidos del hombre, a través de una mecánica de penetración y la consecuente mecánica repetitiva que diluyen su capacidad crítica.

En la medida que los valores se vierten hacia lo sensorial, el hombre vive atiborrado de falsas expectativas que lo conducen a la frustración, al inconformismo, perdiendo progresivamente su autenticidad para convertirse en agente y destinatario de una subcultura de valores mediocres y decadentes.

Con el surgimiento de la televisión, por primera vez un medio técnico independiza la imagen de algo, de la realidad ontológica de la cual debiera ser imagen. Con ello se da vigencia al supuesto modernista de que detrás de la imagen no hay nada y, por tanto, el cultivo de la propia imagen es lo único que cabe. El problema metafísico de la disociación e importancia respectiva de ser e imagen, pretendería la televisión "resolverlo", de hecho, en favor de la imagen. Así, el ser deja de existir, demostración probada en el hecho de que el hombre es capaz de enajenar hasta su destino si se le fascina con puras apariencias: el maquillaje, la sonrisa, el gesto, la postura corporal y hasta con la cara de felicidad de quien se envenena aspirando humo o bebiendo alcohol en una atmósfera sensual y fantasiosa.

Podemos dividir en dos grandes áreas los efectos que la televisión provoca como instrumento de la "cultura de masas". Por una parte, están los efectos positivos, posibilitando el fomento de valores personales y comunitarios heroicos y trascendentes. Por la otra, como alternativa contrastante, están sus efectos negativos: existe una clara tendencia a destacar la anormalidad, lo economicista, lo superfluo, lo "juvenil", lo desechable, lo negativo. Esto significa introducir al ser humano en una vorágine de interacción, realidad-irrealidad, haciendo de su propio mundo un caos.

Debido a su apariencia inócua, la televisión actúa sobre una comunidad tremendamente desprevenida, pudiendo entonces ge-

nerar las menos temidas y más penetrantes influencias, como por ejemplo, aquellas que crean y mantienen el repertorio de los denominados "estereotipos". Una vez implantada en el saber popular, la imagen asignada a un grupo tiende a controlar los más profundos juicios y afecta profundamente las conductas. Así, el estereotipo perdura desafiando toda evidencia contraria.

Las características de la televisión adquieren su real dimensión negativa, debido a los contenidos de la programación. Debido al sistema de autofinanciamiento por el cual debe regirse la televisión, ésta se transforma en agente comercial en el cual el contenido de los programas es determinado por los avisadores, es decir, las multinacionales y la banca internacional.

El régimen económico de la televisión explica también, en parte, el que las evaluaciones de la televisión no sean cualitativas, sino meramente cuantitativas y en relación a la sintonía.

Los medios de comunicación masivos no sólo son transmisores de fragmentos de información o de imágenes discretas de bienes y experiencias, sino que definen amplios tipos de acción y describen simbólicamente conjuntos enteros de ideales y creencias.

Lo que caracteriza a los medios de comunicación masivos es el hecho de tratarse de medios con un alcance potencial a un número importante de destinatarios, y en proceso de comunicación tal, que la retroalimentación simultánea se hace imposible, por lo que desarrollan un proceso de comunicación indirecta.

Los medios de comunicación masivos son expresiones de una cultura, agentes de socialización y transmisión cultural que actúan a nivel de los modelos culturales de las comunidades naturales, especialmente en aquellos más expuestos y selectivos.

Uno de los puntos fundamentales que relacionan los medios de comunicación masivos y la cultura es la producción o reproducción

de los modelos culturales que condicionan la estructura valorativa y la identidad de una comunidad.

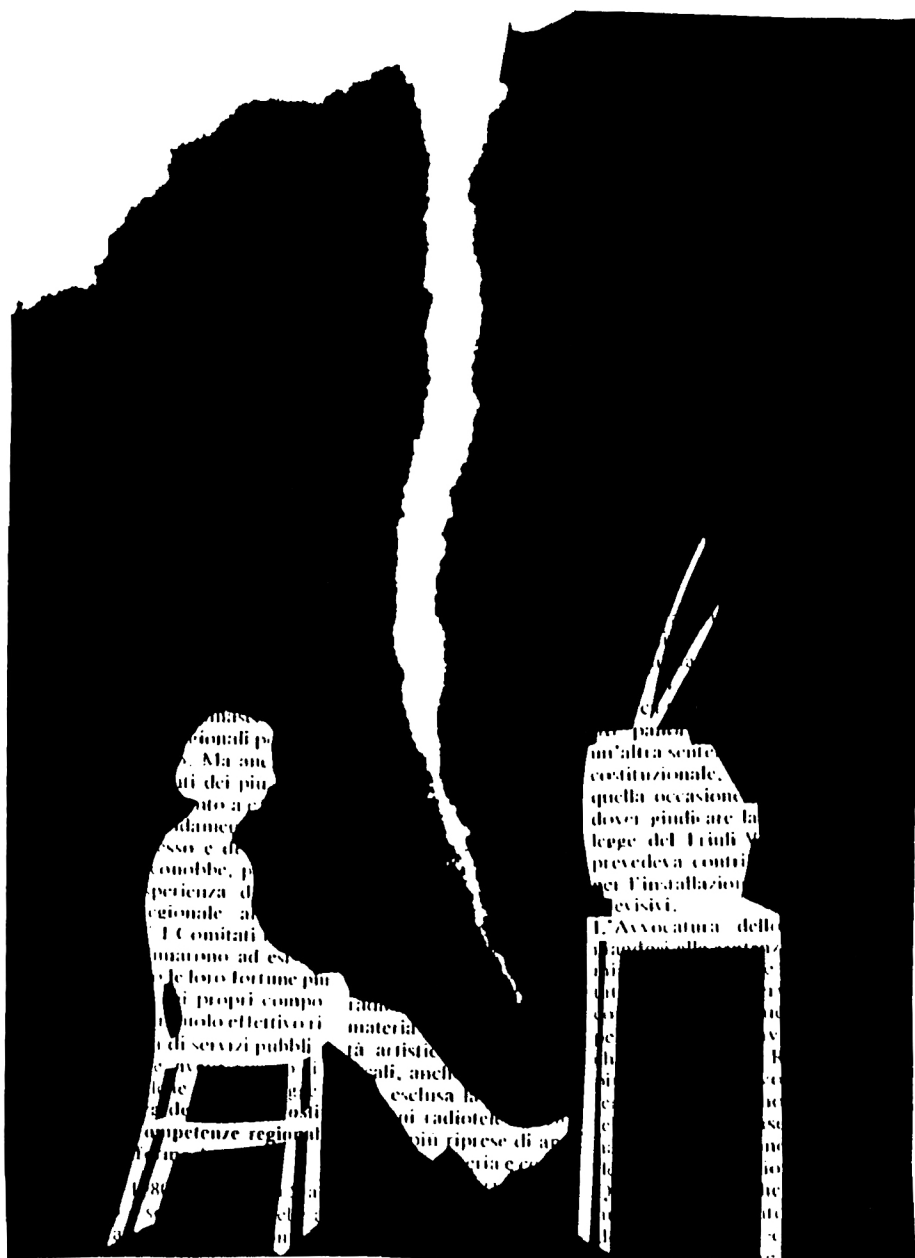
Dado que los medios de comunicación están integrados a la cultura, cada comunidad es la que debe determinar sus propios medios de comunicación.

Los medios de comunicación masivos permiten a la cultura integrar la tríada fundamental: persona-comunidad-tradición. Los mensajes que transmiten deben estar dirigidos a mantener el equilibrio armónico de los componentes del Orden Natural. Pero para que esto se cumpla, las élites dirigentes no pueden eludir su responsabilidad histórica. Los valores culturales y la ética pueden, en ciertos momentos, no coincidir con las valoraciones efectivas que tenga la comunidad y, a la vez, el encuentro entre las diversas proposiciones culturales es desigual cuando se trata de los medios de comunicación masivos, teniendo mayor capacidad en influencia éstos que los individuos o comunidades. Por esta razón, quienes conducen los medios de comunicación masivos se enfrentan a una gran responsabilidad ética.

Para alentar con optimismo la tarea de elaboración de una nueva cultura es necesario que los medios de comunicación masivos estén cada vez más al servicio de la verdad y no de la explotación comercial, de la formación y no del consumo, de la solidaridad social y no de la competencia egoísta.

La información lleva consigo una interpretación y una valoración que pueden ser usadas para despertar una nueva conciencia moral.

Hasta hace poco tiempo atrás, se atribuía un rol fundamental a los medios de comunicación masivos en la formación de la opinión pública. Sin embargo, investigaciones recientes han demostrado la existencia de otra gran gama de factores comunita-



rios que van conformando el sistema de valores y creencias de las personas y comunidades. De allí que los procesos comunicacionales deban ser analizados desde una perspectiva integral, tal vez, desde una perspectiva filosófica.

La televisión es un medio tecnológico que se ha hecho parte de nuestra cultura y sería por ello estéril oponerse a su existencia. Se trata de que se constituya en medio de desarrollo comunitario.

Desde el punto de vista de la "psique", se considera imposible pensar sin tener una imagen que acompañe y sostenga el concepto. Por ello, la televisión es imagen, no sólo por lo visible, sino por todo el conjunto de información sensorial que se acumula en la memoria imaginativa que se liga a las más profundas motivaciones que llevan a un hombre o a una comunidad a decidir qué camino seguir.

Las características de la imagen, sus ritmos de reiteración, su noción de tiempo y espacio, entre otros, asegura a la televisión una alta operancia en la comunicación y en la subsecuente retención.

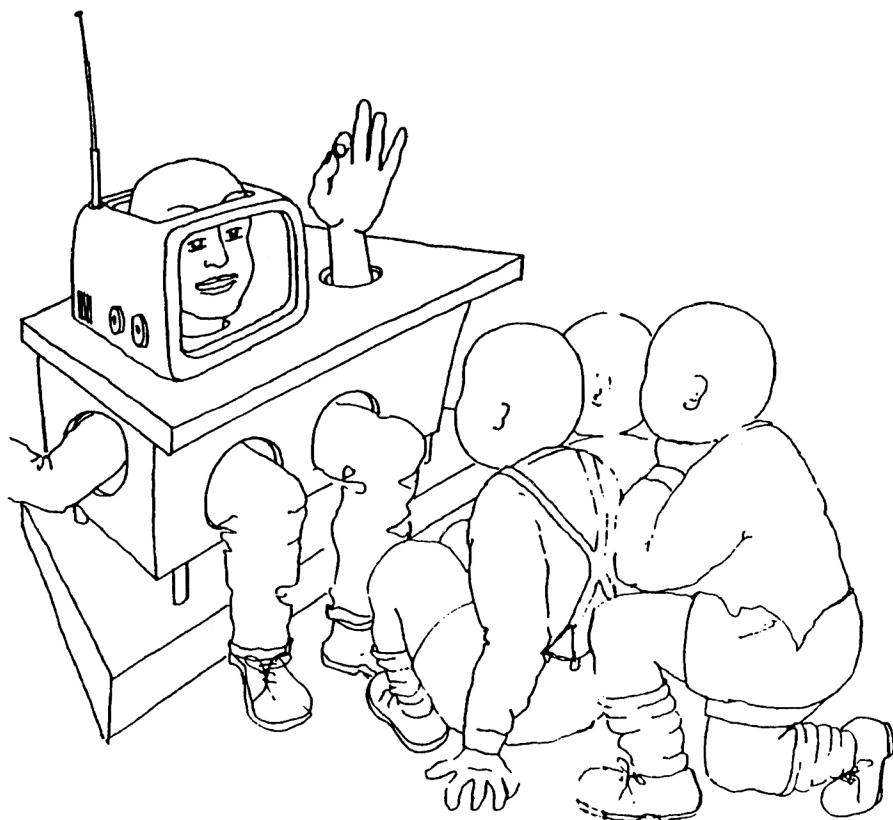
Los efectos de la televisión pueden operar a niveles conscientes e inconscientes, teniendo un efecto no sólo en la conducta individual sino también sobre las relaciones comunitarias, pues los patrones fomentados inevitablemente se incorporan a las formas de vida y a las visiones de sí misma que tiene la comunidad.

Si en el curso de la Modernidad, el educador y la televisión se han ignorado, la Postmodernidad nos plantea el desafío de integrar los agentes educativos con los medios de comunicación masivos.

El consumismo y la manipulación de símbolos, entregados a las manos de la televisión, han conducido a la desorientación imperante; si la televisión adquiere su legítimo rango de medio de

comunicación cultural, es cierto que no combatirá por sí sola el nihilismo o el economicismo, pero habrá dado un paso inicial trascendente en el retorno de la técnica al servicio del hombre.

Nos encontramos frente al desafío de situar el "ver" en relación con dominios adyacentes que le están fenomenológicamente conexos en la trama de lo que existe. Hay una reflexión que desarrollar sobre la relación que las imágenes tienen con los signos, con el lenguaje, con la voz y los sonidos, etc. La tarea de la Postmodernidad consiste en rastrear el sentido de esos vínculos.



LA MÚSICA Y LA POSTMODERNIDAD: **¿RETORNO A LOS ORÍGENES?**

El estudio de las llamadas músicas "míticas" o "primitivas" nos aproxima a un mundo de dioses, sonido-luz, voz-canto creadora de la materia, sacrificios sonoros y naturaleza acústica de los lazos entre los dioses y los hombres, mundo vasto y múltiple en que el Sonido y la Música revelan su carácter de consustanciales con el primer acto creador.

Si consideramos el canto gregoriano como la piedra angular de la música docta occidental, nos damos cuenta de que en la época de su codificación orgánica (siglo VI) no estábamos tan lejos del concepto de las músicas "míticas". El canto de la iglesia cristiana temprana todavía era el medio de poner en contacto el mundo terreno y el divino. Su carácter anónimo, su melodía mansa, su vinculación al texto en forma de recitación, revelan un mundo totalmente opuesto a la idea del Arte producto de un inequívoco YO creador y a la manipulación sistemática de los sonidos en combinaciones que satisfacen humanos y personalísimos puntos de vista.

El gregoriano fue cediendo paso, recientemente, a la polifonía. Pero tampoco esta primera polifonía pretendía plasmar visiones cargadas de subjetividad. Este primer contrapunto, impersonal y "objetivo", mucho tenía de sagrado juego de números, muy de acuerdo con los sagrados textos que usaba y las sagradas ocasiones para las que se escribía.

Con la llamada "humanización" del contrapunto, el hombre comenzó a perder de vista el origen mágico-religioso del hecho musical, enriqueciendo "humanamente" las reglas que goberna-

ban el comportamiento de los sonidos pero despojándolos de su vinculación con un orden superior.

Desde el temprano Renacimiento hasta el Expresionismo post-romántico se da, justamente, la época que el auditor medio "le resulta familiar y comprensible" (?), en la medida en que esa música aparece como un lenguaje, sin contenidos concretos traducibles, pero sí claramente impregnada de gestos que tienen una carga semántico-expresiva. Así, el hombre adaptó con entusiasmo las herramientas que el "Humanismo Modernista" le dio para teñir la música de expresividad y que paulatinamente se fue perdiendo la conciencia del antiguo nexo que el sonido musical establecía entre orden terreno y orden sobrenatural. Si el sonido primario fue fuente de toda vida, el sonido musical tendría que ser, por excelencia, el puente que uniera los dos órdenes. Por eso, en los orígenes, el cantar era la forma mágica para "encantar". Por eso, en latín, "carmen" es canción y, al mismo tiempo, embrujo. Y cuando el idioma francés emplea la expresión "charme" y "charmant", recoge hoy día los mitos que se pierden en la noche de los tiempos.

El camino seguido por la música en medio de la Modernidad es una senda alienada de sus orígenes. Nuestra modesta reflexión sólo se propone iniciar una lenta búsqueda con la metodología de aislar aquellos elementos "contaminantes" aportados por la Modernidad, entre ellos la difusión masiva, el endiosamiento de los intérpretes, la deshumanización de los concursos, la tecnología perfeccionista y tramposa, el consumismo musical, el glamour y frivolidad tan presentes en la vida de los conciertos, los planes de estudio esclavos de la mecánica virtuosa, etc. Frente a tanta mediocridad y decadencia ha de emprenderse el eterno retorno a los orígenes cuando el "canto" era siempre "encanto".

POST-MODERNISMO

Y

RELACIONES DE PRODUCCIÓN

Bajo el materialismo imperante en medio de la Modernidad, las llamadas "contradicciones sociales" que ella misma trató de superar no sólo se mantuvieron, sino que, por el contrario, se exacerbaban. Así, el trabajo se constituyó en mercancía, entregada al arbitrio de un ajuste automático entre las presiones circunstanciales de la oferta y la demanda. Se ha considerado al trabajador como un "factor económico" de segundo orden, un "mal necesario" al que hay que mantener controlado.

El abismo entre capital y trabajo se ha profundizado. De un lado está el trabajo, despojado de todo valor ideal y de tdo sentido ético, sentido más y más como una carga agobiante; del otro lado, el capital en manos de la burocracia estatal, la tecnocracia neoliberal o la Banca Internacional. Ya no se piensa en crear valores a través del capital, para la Comunidad, y dar así al capital un fundamento moral.

Tanto el marxismo como el capitalismo han negado a los trabajadores la libre elección de su trabajo o de su empleador, le han quitado el derecho a reivindicación y negociación de sus aspiraciones y lo han convertido, en definitiva, en un engranaje más de la "megalomáquina materialista".

Por otro lado, en medio del democratismo imperante, la irresponsabilidad de la clase política ha convertido las leyes del trabajo en un conjunto inconexo de arbitrariedades, injusticias y demagogias. Así mismo, gracias a la acción destructiva del dogmatismo tecnocrático y de la Banca Internacional se ha desatado el liberti-

naje del abuso laboral, hasta dejar al sindicalismo y a los trabajadores en la más completa indefensión. Surge así el desempleo, la inestabilidad laboral y la injusticia social, todo lo cual ha contribuido a exacerbar las contradicciones que la Modernidad y su proyecto pretendieron superar.

La crisis de la Modernidad ha llevado al hombre a verse incapacitado para cumplir con las responsabilidades y roles frente a la comunidad. De allí el surgimiento de la autoagresión, la frustración, el alcoholismo, la drogadicción, la infidelidad, el divorcio, la delincuencia, el abandono escolar, la crisis familiar, etc. En este ambiente de decadencia difícilmente pueden desarrollarse actividades que fomenten el desarrollo de valores heroicos y trascendentes, lo que hace que surja el aislamiento y el individualismo, limitándose o anulándose el desarrollo de la Comunidad.

La Postmodernidad nos impone el desafío de fundar las bases de un Orden Nuevo inspirado en valores heroicos y trascendentes. En el plano económico, se abre la posibilidad de la transformación paulatina y definitiva de las relaciones de producción. Capital y trabajo no tienen porqué verse enfrentados. A la visión confrontacional de las relaciones de producción impuesta por la Modernidad, surge una visión integradora y participativa, en la que los trabajadores ya no son una simple mercancía, sino una fuerza coadyudante y responsable en el desarrollo de la empresa.

La realidad de los hechos nos muestra que frente a la crisis imperante aparece y aumenta la solidaridad entre los propios individuos y entre las comunidades. La creciente integración y acuerdo entre los trabajadores y los empresarios, en el marco de la solidaridad emergente, se empieza a constituir en motor del desa-

rollo económico. Así, al espíritu de responsabilidad, a la creatividad y al voluntarismo empresarial, se unen la solidaridad, la entrega, la creatividad y la fidelidad de las fuerzas laborales asociadas alrededor de él en la común empresa o misión.

En aquellas empresas que por su giro, su tamaño, su composición y su estructura es posible, se está desarrollando la creación de mecanismos de participación en las utilidades de cogestión o de participación en la propiedad de la empresa por los trabajadores mismos. En la medida en que los trabajadores se sientan copartícipes de la suerte de la empresa en que laboran y no meros instrumentos económicos disponibles y transables en el mercado. En la medida en que conozcan, se identifiquen con sus problemas y sus perspectivas y la sientan como suya, la construcción del Nuevo Orden que la Postmodernidad nos posibilita dejará de constituir sólo una Utopía.

El trabajo constituye la más profunda necesidad de la existencia, porque a través de él el hombre es capaz de visualizar un pedazo de la fuerza divina de creación y plasmación, que lo eleva hacia las estrellas.

El trabajo no es sólo un deber, no es sólo un derecho... Es un don.

El trabajo dignifica a la persona en el seno de la Comunidad.

Las comunidades viven del impulso de la solidaridad, que es la que permite el desarrollo pleno de las individualidades.

La empresa es fundamentalmente comunidad de las personas y unidad de trabajo, que necesita de capitales para la producción de bienes o servicios.

Es la medida en que las organizaciones sindicales se fortalezcan y se capaciten, más responsable, más fructífera y más profunda será la nueva integración de los trabajadores al esfuerzo

productivo y más armónica su acción junto al empresario.

Los trabajadores y los empresarios deben organizarse para que su participación integrada y solidaria beneficie a la comunidad.

Las normas legislativas llamadas a regular las relaciones laborales, junto con satisfacer la necesidad de protección del trabajador, han de tener el pragmatismo, la plasticidad y la dinámica necesarias para adaptarse a las realidades que cada momento histórico impone. La ley debe consagrar normas imperativas e irrenunciables que garanticen beneficios mínimos de remuneración, jornada, seguridad, descanso y participación para todos los trabajadores, por ejemplo, la entrega paulatina a los trabajadores de la administración de los recursos para la seguridad social, favorece una fuerte influencia en el sistema financiero haciéndolo más solidario y justo, con lo que la comunidad se beneficia.

En definitiva, contra todo tipo de resentimiento y rivalidad social, cada trabajador y empresario comienzan a reconocer y amar su propio puesto; aquel que verdaderamente está conforme a la propia naturaleza, reconociendo así los límites dentro de los cuales cada uno puede desarrollar sus potencialidades y conseguir una propia perfección. Así, la Postmodernidad no es más que la reconstrucción orgánica del mundo en el que vivimos.



KUKLOX.XYZ



EDICIONES
OCKHAM